

otras veces, bebiendo sin medida el vino de *balché*, hasta perder el sentido.

En todas estas festividades de los días aciagos y del año nuevo, todos los mayas tomaban parte, no sólo por devoción sincera, sino por miedo. Temían supersticiosamente que, de no rendir homenaje á las divinidades y genios influyentes del año, les habían de acaecer desastres. Así es como creían ciegamente que, si no asistían á las fiestas de *Kanalbacab* del año de *kan*, de seguro padecerían graves dolencias, enfermedades penosísimas; de mostrarse fríos é indiferentes con *Chacalbacab*, en el año de *muluc*, no se librarían de un temporal de seca excesiva, seguido de pérdida de cosechas; si descuidaban manifestarse devotos de *Zacalbacab*, en el año de *ix*, les habrían de sobrevenir pestes, carestía de artículos de primera necesidad, discordias, guerras intestinas, langosta, hambre y despoblación de la tierra; y por último, que *Ekelbacab*, el más iracundo de los dioses *bacabes*, tenía preparadas calamitosas plagas con qué herirlos, si menospreciaban su culto. Se imaginaban que el año de *cauac* traía un agüero preñado de infortunios, y así, lo simbolizaban con signos de muerte y dolor. Temían en este año, mortandad espantosa en hombres y bestias: aun el color ritual del año era funesto: el negro.

Para evitar la realización de los funestos presagios de cada año, en los cinco días preparatorios ó aciagos, además de las solemnidades públicas ya reseñadas, cada individuo y cada familia se entregaban á observancias peculiares del tiempo. Se pintaban de negro los rostros con el tinte del palo de Campeche, que llamaban *hek*, se encerraban en sus

casas, no se peinaban ni bañaban, y vacaban á todo trabajo fatigoso. Ayunaban, y los que no podían ó no querían ayunar guardaban abstinencia de ciertos condimentos, como sal y chile. Al concluir los días aciagos, un cambio completo se verificaba en las cosas y personas: el menaje de la casa se mudaba con otro nuevo, se cambiaban la ropa, se barrían las casas, patios y calles, y la gente se vestía de lo mejor, pintándose de rojo el rostro, peinándose y acicalándose con exquisito primor: todo rebo-saba, entónces, alegría, satisfacción y esperanzas de dicha. Con los sacrificios hechos, creían haber conquistado la seguridad de un año venturoso.<sup>1</sup>

Después de las fiestas de año nuevo, que, como hemos dicho, caían el 16 de Julio, no había otra festividad religiosa sino hasta el mes siguiente. El 22 de Agosto, comenzaba la fiesta de los sacerdotes, médicos y hechiceros. Como en todas las fiestas mayas, había un patrón que daba su casa para la solemnidad, y costeaba de su bolsa los gastos. Era electo anualmente, y se complacía en cumplir su cargo á satisfacción.

No en un mismo día se celebraba la fiesta de los sacerdotes, y la de los médicos ó hechiceros. La de los sacerdotes llamábase *pocam*, y se dedicaba á *Kinichahu-Itzamná*, á quien tenían por fundador del sacerdocio, y como prototipo el más ilustre.

La primera ceremonia de la fiesta de *Pocam* era la purificación del lugar, con la pretendida expulsión de los espíritus malignos. Para esto, el pavimento se cubría de follaje, y sobre él se sentaban

<sup>1</sup> Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, publicada por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

los sacerdotes, después de haber adorado á *Kinichahau-Itzamná*, cuya imagen, colocada en lugar preferente, presidía la fiesta. Extendían los libros sagrados sobre la yerba verde, y los rociaban con agua saturada de cierta sustancia llamada *yaxcab* ó *yaxsac*, de color de cardenillo, que oportunamente se hubiese recogido en el fondo de una selva, adonde jamás hubiese penetrado una mujer. El sacerdote más sabio leía en seguida, y procuraba descifrar los pronósticos del año, y, sentado ó en cuclillas sobre el pavimento, predicaba en voz clara á los circunstantes lo que había acertado á descubrir en el impenetrable futuro. Los demás escuchaban devotamente el sermón, en el cual no se omitían los consejos y remedios para librarse de los males previstos. Inmediatamente de concluído, se elegía al patrón para la fiesta del año venidero; el resto del día lo pasaban bailando una danza sagrada llamada *okotbil*; y, por la tarde, se servía un banquete preparado con los platos fabricados por la familia del patrón, y con los presentes que cada cual había traído para ofrecer á *Kinichahau-Itzamná*: menudeaba la bebida del *balché*, y no era raro que todos acabasen por embriagarse.

Al día siguiente, era la fiesta especial de los médicos y hechiceros, y se llamaba de *Cilich Xchel*, diosa de la medicina. Se reunían sacerdotes, *chilames*, médicos y hechiceros; pero, á diferencia de la fiesta de *Pocam*, en que estaba vedada la presencia de mujeres, en la de *Cilich Xchel* debían ir todos acompañados por sus esposas. Llevaban consigo, envoltorios de yerbas medicinales, piedras de adivinación, é idolillos de la diosa de la medicina *Ixchel*,

quién, con *Itzamná*, *Citbolontun* y *Ahau-Chamahez*, también dioses de la medicina, presidían la fiesta. Sus estatuas ocupaban lugar distinguido, y á ellos se dirigían las oraciones, presentes y sahumerios. Mientras que los sacerdotes quemaban el copal, con el fuego nuevo preparado por los *chaques*, en el brasero de barro, éstos embadurnaban de arcilla verde y azulosa, *yaxcab*, los rostros de los ídolos. Sacerdotes, médicos y hechiceros, cargando á cuestras sus envoltorios de medicinas, bailaban la danza *chantunyab*. Luego, separados los hombres y las mujeres, comían y bebían á su gusto.

El 1º de Septiembre, tocaba su turno á los cazadores. La fiesta se consagraba á los dioses de la caza, *Acanum*, *Zuhuy-Zipí* y *Tabai*, y concurrían á ella con todas sus armas y utensilios venatorios. Después de los sahumerios y unciones de tierra verde ó azulosa á los ídolos, los cazadores bailaban en honor de los dioses de la caza, con una flecha en la mano izquierda y una calavera de venado en la mano derecha: el baile se alternaba con dolorosas arpaduras en las orejas y lengua, y con libaciones de *balché*, y bailando y bebiendo se pasaban el día.

El 12 de Septiembre era la fiesta de los pescadores. Daba ocasión á mucho regocijo y júbilo, y á paseos muy agradables á las playas. La fiesta estaba dedicada á los dioses de la pesca, llamados *Ah-Kak-Nexoi*, *Ahpua*, *Ahcitz* y *Amalcum*. Para celebrarlas, se reunían en grupos, y tomaban el camino de la costa; á la orilla del mar, en un lugar limpio y arreglado, sembraban un palo alto y grueso; y, á su rededor, bailaban el baile llamado *chohom*, muy alegre y divertido. Después de la danza, se or-

ganizaban grandes partidas de pesca, que, en piraguas, salían á la mar, con gran recaudo de redes y anzuelos, y, al volver en la mañana con el pescado cogido, se les recibía con músicas, alegría y entusiasmo: banquetes espléndidos de pescado fresco se verificaban en los días de la fiesta, que eran todos de huelga y contento. Entre comidas, bailes y nocturnas pescas, se pasaban los días, alternándolos con ofrendas de peces á los dioses de la pesca. Algunos santurrones se arpaban las orejas á la redonda, y con las orejas despedazadas bailaban la danza del *chohom*.

Los recreos de las fiestas de los pescadores eran seguidos de los preparativos de la no menos jubilosa fiesta de las mieles, en que tomaban la parte principal los propietarios de colmenares, pues que tenía por objeto alcanzar una buena cosecha de miel. Se dedicaba á los dioses *bacabes*, y en particular á *Kanalbacab*, por otro nombre, *Hobnil*. Desde el 16 de Septiembre, los colmenares se aseaban, el suelo se barría, la casa se reparaba cuidadosamente, y se limpiaba el terreno en circunferencia, para dejar el colmenar libre y desembarazado; apenas algunas flores silvestres se dejaban crecer en torno, para que las abejas libasen la miel; y, no léjos, colocábanse depósitos de agua, para que en ellos encontrasen refrigerio. Entretanto, el propietario del colmenar había avisado al sacerdote; y éste y sus sacristanes se entregaban á ayunos verdaderos ó fingidos, para atraer las bendiciones de *Kanalbacab*, sobre los colmenares.

Llegado el 4 de Octubre, día señalado para la fiesta, se abrían de par en par las puertas de la ca-

sa del patrón, se engalanaba el solar con follage y flores, y se practicaban, como de ordinario, las ceremonias del culto, con ofrendas y baile. Había de extraño, esta vez, que toda mutilación, todo derramamiento de sangre, estaba prohibido: era una fiesta de paz y suavidad.

El principio de Noviembre estaba señalado por una fiesta importante y muy popular, que, por cinco días consecutivos, se celebraba sólo en Maní: era la fiesta de *Chic-kaban*, dedicada á *Kukulcán*, que tenía un santuario muy venerado en la capital de los *Xiues*. Esta fiesta era uno de los recuerdos que quedaban de la antigua nacionalidad maya: por esto, en ella, acudía á Maní numeroso concurso de gente de todas las regiones de la península, y los cacicazgos se turnaban en los homenajes que debían rendirse á *Kukulcán*: cada cacicazgo, por riguroso turno, debía presentar, por medio de su cacique, en el santuario de Maní, cuatro ó cinco banderas finamente bordadas de las más vistosas plumas.

La llegada de las banderas era señal de la apertura de la solemnidad. En la tarde, se reunían, en el palacio de los *Xiues*, todos los caciques, señores principales y sacerdotes. El cacique de Maní empuñaba una de las banderas, y, seguido de gran gentío, iba en procesión hacia el templo, llevando á su cabeza cuadrillas de cómicos, que en esta fiesta hacían gran papel. Con calma y sosiego, se dirigían al templo de *Kukulcán*, el cual, de antemano preparado, estaba abierto. En pocos momentos, el templo quedaba lleno de bote en bote, y las filas de los silenciosos magnates del país, sacerdotes y dignatarios, se abrían paso con dificultad entre la apreta-

da multitud. Con redoblados esfuerzos ganaban la testera del templo, para hacer sus plegarias, y colocar en el fondo, y en lugar encumbrado, las banderas ofrecidas por el cacique de la provincia á la cual tocaba el turno en el año que corría.

Entretanto, el atrio del templo se iba cubriendo de hojas verdes recién cortadas, y los circunstantes, con devoto apresuramiento, iban colocando sobre ellas idolillos de diversas figuras, sustancias y tamaños, y el humo del copal subía de millares de braseros que por doquiera chispeaban. Ofrendas de comidas guisadas sin sal ni chile se depositaban junto á los ídolos y en el interior de los templos. Alternaban con las comidas, horchatas de pepitas de calabaza. Los cómicos representaban sus sainetes, los bailarines bailaban, y salmodiaban los cantores al son de los instrumentos músicos. Así se pasaban cinco días y cinco noches, sin que el templo se cerrase, para recibir á los devotos que sin cesar acudían de todas las regiones del país. Los sacerdotes y los caciques no desamparaban ni un instante á *Kukulcán*; y, mientras que las multitudes se renovaban sin tregua, los farsantes salían del templo é iban de casa en casa, por todo el pueblo de Maní, representando fábulas y comedias, haciendo bailes, y recogiendo dádivas, que llevaban al templo para distribuirse entre los sacerdotes y cómicos. La fiesta concluía con otra procesión del templo á la casa de los *Xiues*, en donde se depositaban las banderas.

En el mes de Diciembre, había tres fiestas: la una en honor de todos los dioses, llamada *Oloh-zab-kam-yax*; la de los colmeneros, para pedir flores

abundantes en que las abejas libasen la miel; y la de la fabricación de los ídolos.

En la fiesta de *Oloh-zab-kam-yax*, pintaban de tierra verde, azulosa, *yaxcab*, todos los útiles y herramientas de oficios de hombres y mujeres, desde el manual del sacerdote, hasta la rueca y el huso. Juntaban en el templo á todos los niños y niñas, y, cuando estaban ya congregados, un sacerdote se dirigía á los niños, y una sacerdotisa vieja, vestida de plumas, llamada *Xmol*, se llegaba á las niñas, y cada uno, respectivamente, iba dando á cada niño ó niña, nueve golpecitos en cada articulación, para que los dioses les diesen destreza y habilidad en la profesión que hubiesen de escoger.

En un día de Enero ó Febrero, se hacía la fiesta dedicada á los *Chagues*, dioses de los maizales, y que llamaban *Ocna*. Los hechiceros, entónces, hacían sus pronósticos, se reparaban los templos, y se renovaban los incensarios de los ídolos. Era también cuando solían escribir inscripciones murales de los sucesos más importantes.

En Febrero ó Marzo, los cazadores volvían á hacer otra fiesta de impetración y penitencia, porque juzgaban que los dioses de las selvas no miraban con buenos ojos tanta sangre como derramaban en sus cacerías, y así, trataban de aplacar su enojo con el humo del incienso y con la sangre de las bestias que cazaban. De aquí, la costumbre de pintar el rostro de los ídolos con la sangre del corazón de los venados ó aves, y, con ésto, creían ya libres de daño sus sementeras.

Luego se seguía la fiesta del séptimo *ajau*, que, como fiesta movable, los sacerdotes fijaban de ante-

mano. Duraba tres días, y servía de pretexto á orgías prolongadas.

En Abril ó Mayo se hacía la fiesta de los ancianos, dedicada á los *Chagues*, dioses de la agricultura y de los campos. Se preparaba la fiesta con la ceremonia del *tup-kak*, (apaga fuego), que se verificaba en el atrio del templo. Con tiempo, se prevenían para ella cogiendo en el bosque, con ayuda de lazos y trampas, toda clase de aves, cuadrúpedos y sabandijas, que criaban y conservaban para el día del *tup-kak*. Este día, el atrio del templo presentaba curioso aspecto, por la diversidad de bestias que se encontraban. Se veían tigres, leones, lagartos, zorros, iguanas, culebras, escarabajos y multitud de otros animales. Venían el sacerdote y los *chagues*, y formaban con cordeles de henequen un recinto cuadrado, cuyo centro ocupaba el sacerdote, y las cuatro esquinas, los *chagues* ó sacristanes. Cada *chac* tenía junto á sí un gran cántaro de agua; y el sacerdote, un manojo de varillas secas y un brasero con brasas. Espolvoreaba copal en el pebetero, pegaba fuego al haz de carrizos, y, entretanto que el pebetero exhalaba al aire sus aromas, y las llamas consumían los carrizos, arrancábase el corazón á las bestias, presentábanlos sangrando al sacerdote, y éste, con afectada devoción, los iba echando al fuego. A falta de animales vivos para quemar, imitaban sus corazones con amasijo de copal, y también los echaban al fuego. Reducido á cenizas el último corazón ofrecido á los dioses de la selva, se acercaban los *chagues* al brasero, llevando sus cántaros á cuestas, y, echando el agua en la hoguera, apagaban el fuego.

Al día siguiente, la decoración del atrio se había mudado. A los animales de todas clases había sucedido un suelo limpio y aderezado con hojas verdes y frescas flores, y, en vez del gran pebetero para quemar los corazones, un rintero de piedras, en forma de montículo ó pequeña pirámide, con escaleras en los lados; y no lejos, abajo, una porción de lodo saçado de los pozos, y bastante espeso. Reunido el pueblo, el sacerdote untaba con lodo una de las escaleras; y las demás, con la greda verde azulosa, que era de rito en las solemnidades del culto. Sahumaba, hacía ensalmos, recibía presentes, y, como siempre, el epílogo era un succulento banquete. Pensaban que, con estos homenajes, los dioses de los montes y de los bosques les quedarían propicios, y enviarían lluvia abundante á sus sementeras. Por ello, esta fiesta siempre se hacía al aproximarse la estación de las aguas.

Otra fiesta agrícola celebraban en Abril ó Mayo, y era la de los cacahuales, que se hacía solamente por los propietarios de hoyas de cacao, en el sudeste de la península. Escogían para ella el lugar mismo del cacaotal, y se dedicaba á los dioses *Ekchuah*, *Chac* y *Hobnil*, á quienes tenían por abogados. Sacrificábanles un perro color de cacao, iguanas azules, y plumas de aves. Todos los asistentes eran obsequiados con bayas de cacao, y al sacerdote oficiante se le ofrecía la más hermosa de la cosecha del año.

La última fiesta solemne del año maya era la de los guerreros, denominada de *Pacumchac*, y que se verificaba en los meses de Mayo ó Junio. Esta se celebraba en la capital del cacicazgo, y, para ello,

se reunían todos los señores y sacerdotes de los pueblos inferiores, y se preparaban pasando cinco noches en retiro en el templo de *Citchaccoh*, y rindiendo á este ídolo frecuentes cultos de ofrendas y sahumerios, presididos todos por el *nacón*, jefe del ejército, á quien iban á buscar á su casa con gran pompa, lo llevaban en andas al templo, le ponían en lugar preferente, y le incensaban como á los mismos ídolos.

Pasados los cinco días y cinco noches de preparación, se abría propiamente la fiesta con una procesión al rededor del templo de *Citchaccoh*, en la cual el *nacón* era conducido en andas, con músicas, perfumes y reverencias. Luego sacrificaban un perro, y se quebraban grandes ollas de bebidas refrigerantes, cuyo rompimiento estrepitoso daba la señal del banquete. Todos se ponían á comer y á beber sin medida, para lo cual, sobraba con las numerosas ofrendas de comestibles y bebidas que los devotos habían llevado. Sacerdotes, caciques y gente del pueblo, se embriagaban á más y mejor, con excepción del *nacón*, el cual, con afectada circunspección, se mantenía fuera de todo escándalo, y era llevado á su casa con gran acompañamiento, pero sin música ni estrépito alguno.

Al día siguiente, todos se volvían á reunir en casa del cacique, á recibir regalos de incienso que se distribuían, y á oír un discurso que el cacique mismo pronunciaba. Se reducía á recomendarles tomasen el mayor interés en celebrar las fiestas del *Zabacil-than*, que se hacían en cada localidad para alcanzar un año de abundante cosecha, pues las mieses eran preocupación constante de los mayas. Du-

raban estas fiestas hasta los días aciagos que precedían al año nuevo, y consistían, como todas, en ofrendas, sahumerios, bailes y borracheras. Las fiestas del *Zabacil-than* tenían un patrón ó muñidor, para cuyo encargo se escogía al hombre más rico del lugar, que, por sus posibles, estaba en aptitud de costear los gastos de tan prolongada solemnidad, que duraba nada menos que tres meses consecutivos.